



comprender la tragedia de la música romántica, de la música como espectáculo, es necesario sentir el pasmo y el orgullo de su grandeza. El músico romántico, tan triste, tan poca cosa muchas veces, se ha sentido capaz de una faena titánica: elevar al pentagrama no ya toda la efusión cordial de una clase—la música romántica es la gran contribución espiritual de la burguesía media—, sino una entera concepción del mundo. A la música pidió Schopenhauer el soporte metafísico de su filosofía; en la música vieron muchos la manera de reencarnar el espíritu griego, nostalgia ineludible de los artistas nórdicos. Y ya está, ya está esa orquesta grande, para la que es necesario inventar especiales plataformas, dando su fórmula para el amor, para todo. Recordemos, una vez más, que, no hace muchos años, los conciertos se celebraban sobre todo en Cuaresma: «Conciertos espirituales» con sinfonías de Beethoven...

*

El otro polo. El romanticismo musical se fecundó desde la casa, desde el salón. Schúbert no pudo adivinar el póstumo destino de sus obras; él las componía para las tertulias vienesas o para aquellas reuniones en los bosques cercanos, prolongación del mismo hogar. Años más tarde, cuando Liszt pasa como un meteoro por la casa de Schumann, exaltando hasta el paroxismo todos los pianos, el músico romántico por excelencia escribe a su novia—Clara Wiek—y añora la «música de hogar», el estilo recatado y recoleto de sus «lieder». Ahí, en los «lieder», reside precisamente el gran costado de la inti-



se queda sólo con las Bandas Municipales. Ahora que soy provinciano comprendo un poco no ya el gramófono, sino el beato consuelo de tararear con voz de trueno o de gallo retazos de melodía, martirios de la memoria.

*

Hemos pagado muy cara la gran apoteosis de la música romántica. Líbreme Dios de denostar esa maravillosa expansión hacia lo alto y hacia lo hondo del espíritu europeo. Para